

SUELO DE OCUPACIÓN MAGDALENIENSE EN LA CUEVA DE PRAILE AITZ I (DEBA, GIPUZKOA): EVIDENCIAS DE ARTE MOBILIAR

Resumen: La reciente excavación de la cueva de Praile Aitz I (Deba) ha identificado sucesivas breves ocupaciones del Tardiglaciar. Se estudian los materiales arqueológicos más significativos del Magdaleniense Inferior recuperados sobre un suelo preparado con cantitos de caliza. En él se localizaron, además de restos industriales líticos y faunísticos que no trataremos en esta ocasión, las siguientes evidencias: una azagaya, restos de ocre y un interesante lote de colgantes (cuatro cantos rodados perforados y tres incisivos de cabra con doble perforación).

Palabras-clave: Cueva. Suelo de habitación. Colgantes. Magdaleniense.

Abstract: In the late excavation of the cave Praile Aitz (Deba, Gipuzkoa), consecutive settlements of the Late Ice Age have been found. In this article, we study the most significant archaeological materials of the Lower Magdalenian period; those were found on an artificial floor made up with small limestones. In this floor were also found lithic industry and animal remains, that we will not talk about in this essay, as well as an assagai, ochre remains and some interesting pendants (four perforated boulders and three goat's incisor teeth with a double perforation).

Key words: Cave. Settlement floor. Magdalenian. Moveable art: pendants.

1. LA CUEVA DE PRAILE AITZ I (DEBA —GIPUZKOA—)¹

El yacimiento de Praile Aitz I se localiza en la orilla derecha del río Deba, a una cota de 50 m sobre él. Se trata de una cueva cuya boca se abre en una pronunciada ladera que desciende hasta el río, que discurre en esta zona formando meandros generalmente encajados entre laderas muy pronunciadas o paredes casi verticales (Fig. 1).

La entrada orientada al NE y de forma triangular, alcanza tras la excavación una altura de 6 m y una anchura en su base de 2,50 m. Un gran bloque desprendido, con posterioridad a la ocupación que tratamos, de la pared izquierda de la entrada y apoyado en la pared opuesta hacía que el acceso a la pequeña sala interior fuese menos directo a la vez que la protegía (Fot. 1). Sus dimensiones máximas en la actualidad son 7 m en sentido N-S y 6 m de E-W.

Este recinto, el lugar principal de la ocupación humana que alberga los vestigios que vamos a describir, alcanza una altura máxima de 10,40 m en su zona central, en la que se abre un pequeño respiradero a modo de chimenea que da acceso al exterior de la cavidad. Desde esta sala arrancan dos galerías hacia el Sur y el Noroeste respectivamente, la primera de ellas de considerable desarrollo y la segunda de apenas unos metros.

La cueva fue descubierta en 1983 por miembros del Grupo Munibe de Azkoitia, los cuales llevaron a cabo una recogida de materiales superficiales practicando así mismo una cata. El lugar fue

¹ Queremos agradecer a I. Barandiarán las sugerencias y aportaciones realizadas durante la elaboración de

este artículo. Nuestro reconocimiento a J. Alonso por la realización de los dibujos y a E. Koch por las fotografías.

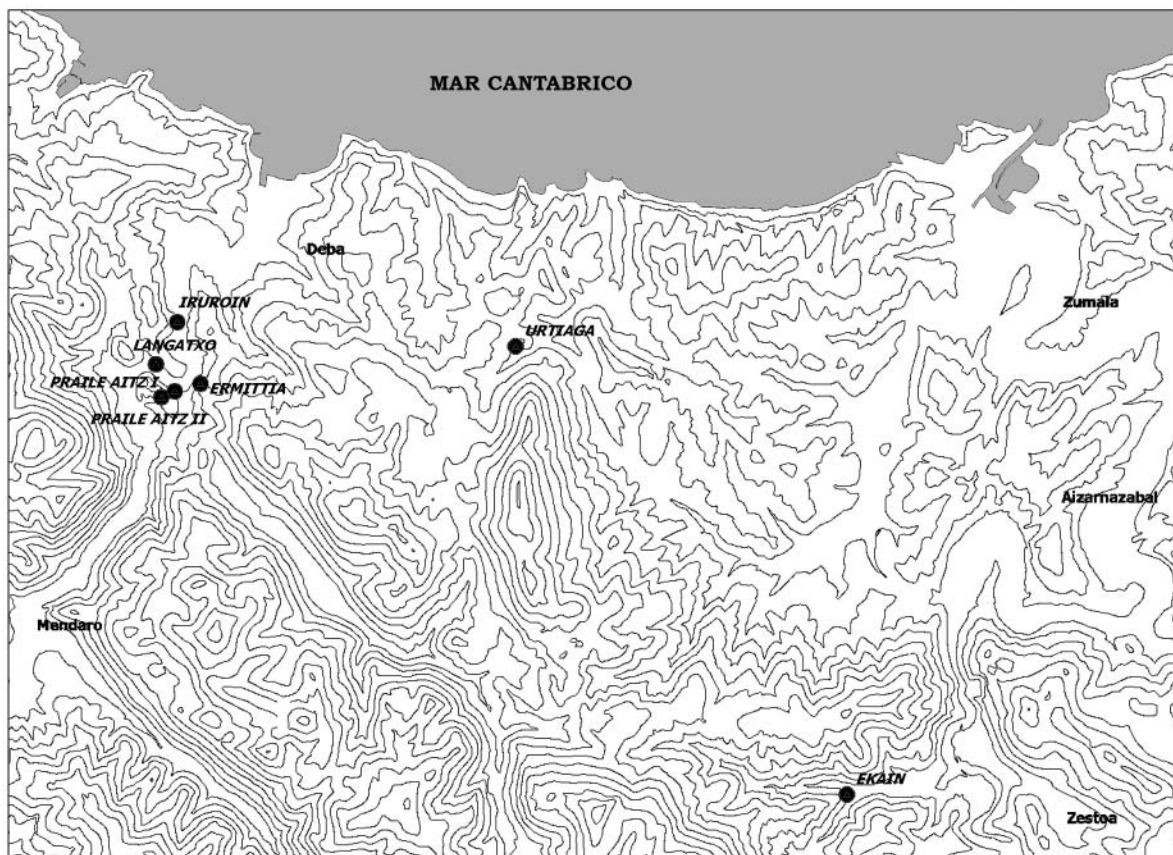


FIG. 1. Localización de Praile Aitz I y yacimientos próximos más significativos

visitado de nuevo en 1986 por miembros del Departamento de Arqueología Prehistórica de la Sociedad de Ciencias Aranzadi quienes hicieron una nueva cata. En todos estos trabajos se obtuvieron escasos materiales líticos (dos láminas y una lasca) así como algunos restos de fauna. En los meses de junio y julio del año 2000 X. Peñalver desarrolló una intervención arqueológica programada. Estos se prolongaron a lo largo de los meses de abril, mayo, junio y julio del 2001, en una segunda campaña, y se prosiguieron en una tercera a lo largo de la primavera del 2002. La financiación ha corrido a cargo del Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Gipuzkoa y de la empresa Zeleta.

En las proximidades de la cueva se abren numerosas cavidades, en algunas de las cuales se han llevado a cabo trabajos arqueológicos en fechas diversas. En este sentido cabe destacar la gruta de Praile Aitz II que se situaba en la misma peña que Praile Aitz I, y que fue excavada por E. Uribarri entre los años 1988 y 1989, así como la muy cercana de Ermitia que lo fue entre los años 1924 y 1926 por J.M. de Barandiaran y T. de Aranzadi y cuya zona de entrada se ve directamente desde la boca de la cueva que estamos estudiando. En la orilla opuesta del río Deba, en la misma zona de meandros, F. Zumalabe excavó en la última década las cuevas de Iruroin y Langatxo. Todos estos yacimientos cuentan con niveles de diferente cronología correspondientes al Paleolítico Superior. En este mismo contexto geográfico se localizan las cuevas de Urtiaga y Ekain, a 4 y 9 km respectivamente, ambas ocupadas igualmente en distintos momentos del Paleolítico Superior.



FOTO 1. *Entrada a la cueva de Praile Aitz*



FOTO 2. *Sala central de la cueva*

2. LA ESTRATIGRAFÍA DEL YACIMIENTO

Durante la excavación de la cavidad de Praile Aitz I se han podido definir dos áreas de habitación bien diferenciadas. La primera, situada al exterior de la cueva, a su izquierda y bajo la entrada, es una especie de abrigo de aproximadamente 16 m² de superficie. Este espacio aporta escasos restos arqueológicos, razón por la que por ahora no es posible ponerlos en conexión con la sucesión de ocupaciones del interior. La segunda se ubica dentro de la cueva y será a la que haremos referencia a continuación.

La secuencia cultural del interior es más compleja y ha aportado diversos restos arqueológicos. Parece ser el resultado de sucesivas ocupaciones temporalmente breves y poco densas, que pueden adscribirse al Tardiglaciario y que deben de interpretarse en relación con las de otras cavidades mencionadas anteriormente, principalmente con las de habitación más intensa (Ermittia, Urtiaga, etc.). Estos restos se localizan en un medio sedimentológico arcilloso, que en ocasiones contiene cantos o concreciones estalagmíticas espacialmente localizadas, muy homogéneo en toda su potencia. Su espesor, desde la capa superficial hasta el suelo de cantos calizos, único cambio significativo y extenso, es de 175 cm.

3. LA CONTEXTUALIZACIÓN DE LOS RESTOS ESTUDIADOS

Durante la segunda campaña de excavación del depósito sedimentológico de la sala, correspondiente al año 2001, a una profundidad media de 275 cm bajo el punto cero, se definió con gran nitidez un empedrado de cantitos de caliza que conformaban un suelo. Sobre el mismo se localizaron además de vestigios faunísticos e industriales líticos y óseos, un hogar y un conjunto de colgantes (Fig. 2).

Las características físicas de la sala, la distribución espacial de los restos y la clara definición del contexto del que proceden los elementos arqueológicos más destacables añaden interés a los hallazgos. Es por ello que presentamos este avance referido casi exclusivamente a la descripción de los objetos más significativos, así como a señalar sus posibles paralelos.

En el espacio en el que se recuperaron los vestigios materiales se observan dos áreas separadas por tres bloques de caliza: uno de ellos de grandes dimensiones, desprendido del techo; los otros dos, dadas sus medidas, podrían haber sido desplazados para acondicionar y delimitar el primero de los sectores, situado a la izquierda de la sala, más acogedor y de pequeño tamaño, de aproximadamente unos 4 m². En este lugar el techo apenas alcanza una altura de 0,80 m, por lo que cualquier tipo de actividad cotidiana (tratamiento de la caza, etc.) se vería muy limitada (Fot. 2).

El segundo sector de la sala es más luminoso y amplio, siendo aquí donde se realizarían las distintas actividades. Destaca, en su lado izquierdo, un bloque de piedra de 1,10 × 0,43 m, mencionado anteriormente, utilizado como asiento muy probablemente, con una depresión natural apta para dicha función. Justo ante él y al abrigo del gran bloque desprendido de la pared lateral izquierda que cierra la entrada, se recorta de forma muy definida un hogar con abundantes carbones, cantos calizos alterados, etc.

La mayor parte de los restos arqueológicos que presentamos ahora se sitúan en el espacio más resguardado ya descrito de la cavidad, habiéndose recuperado cinco de los ocho objetos en este lugar; los tres restantes se localizaron, dos en las proximidades del hogar (la azagaya y uno de los cantos) y el tercero (un canto perforado) en la zona de acceso a la cavidad, sobre el suelo empedrado. Además de estos materiales se han hallado junto a los grandes bloques que delimitan los dos sectores de la sala, tres trozos de ocre, dos de ellos con facetas de abrasión.

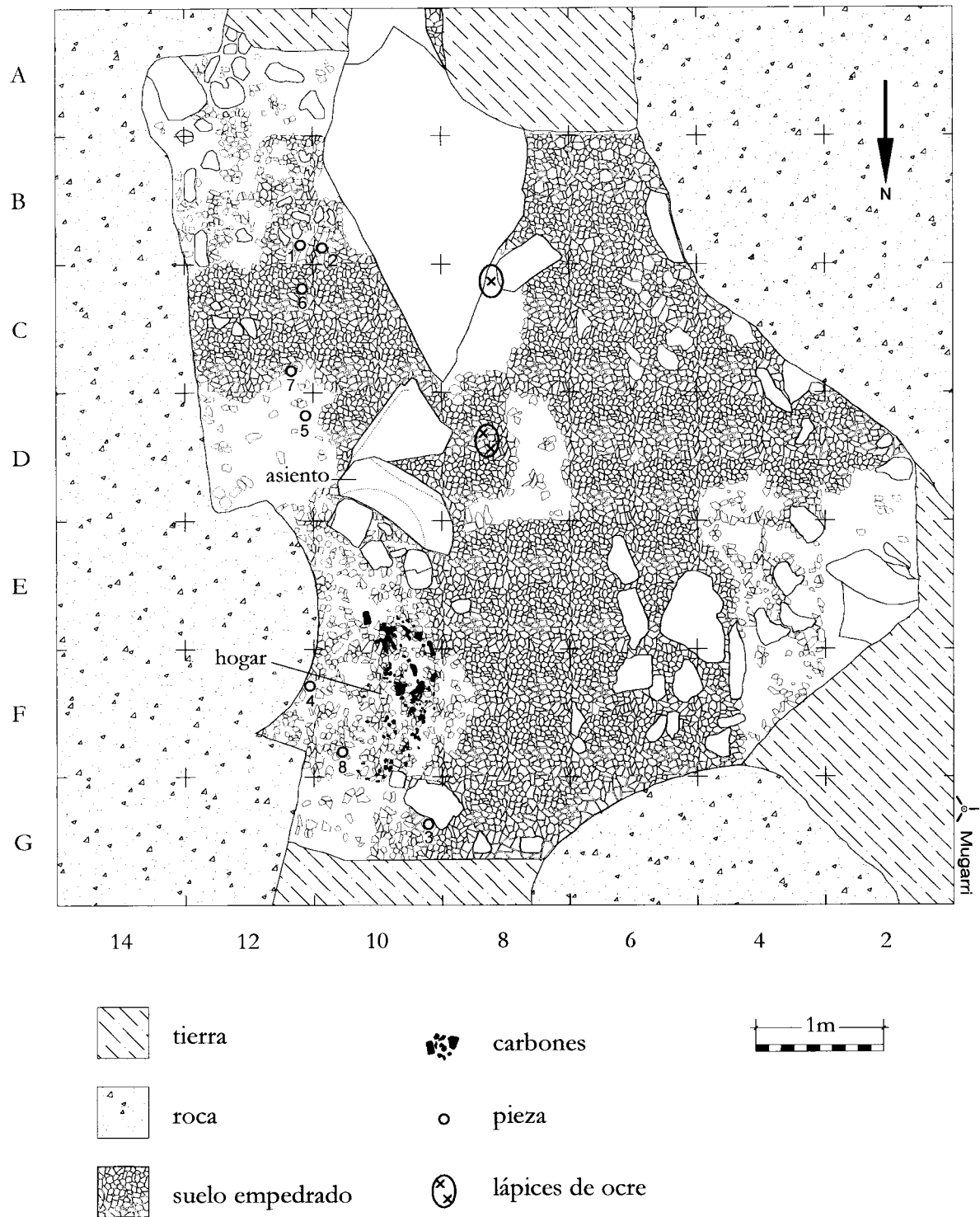


FIG. 2. Suelo de ocupación y evidencias más destacables

4. LOS RESTOS ARQUEOLÓGICOS

Entre los restos arqueológicos recuperados durante la excavación de Praile Aitz I destaca el importante repertorio de colgantes: cuatro sobre cantos de piedra y tres sobre incisivos de cabra. Así mismo se halló una azagaya decorada. Su descripción detallada es la siguiente:

Colgante n.º 1

Pieza fabricada sobre un delgado canto rodado de lidita de color negro verdoso. Es de destacar su forma romboidal, tres de cuyos lados son ligeramente cóncavos y los ángulos en los que convergen convexos o redondeados. Sus dimensiones máximas son: $120 \times 53 \times 8,5$ mm. Su silueta natural recuerda a algunas de las venus paleolíticas más clásicas, procedentes de diferentes yacimientos europeos (Fig. 3; Fot. 3 y 4).

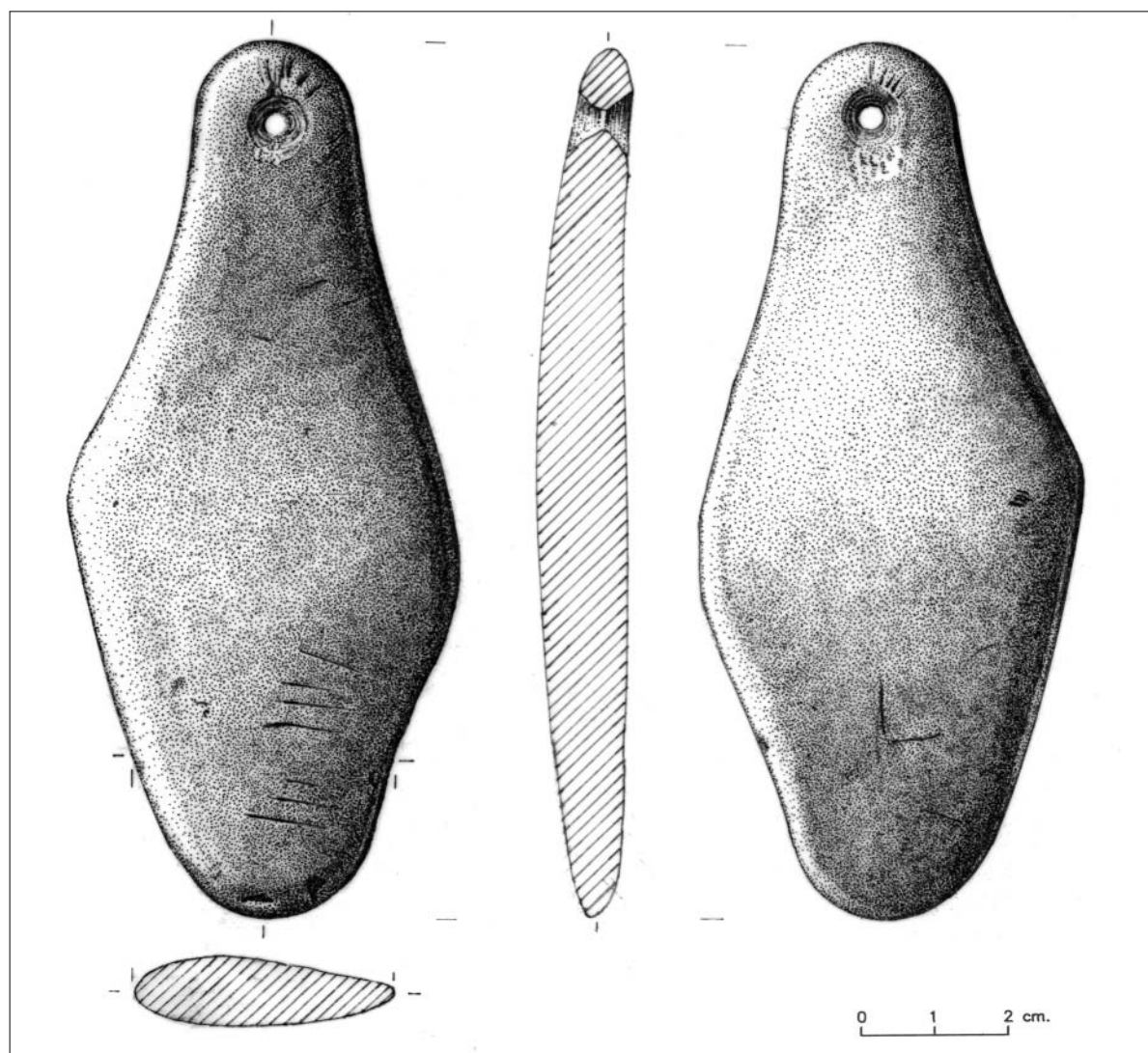


FIG. 3. *Colgante sobre canto aplanado: n.º 1*



FOTO 4. *Detalle de la perforación del colgante n.º 1*

FOTO 3.
Colgante n.º 1

En su extremo más estrecho muestra una perforación bicónica finalizada por rotación muy regular, si bien en una fase previa se practicó un trabajo de vaciado o de preparación de una superficie rugosa, similar al realizado en el colgante n.º 2. El diámetro interior del orificio es de 3,3 mm y el exterior de 7,8 mm. Es de subrayar que de la perforación hacia su extremo más próximo, en sus dos caras, parten incisiones longitudinales.

En una de las caras mayores, en el extremo opuesto a la perforación, presenta dos series de incisiones transversales muy finas y paralelas entre sí, formadas por cuatro y tres trazos poco sistematizados, sobre cuya intencionalidad no tenemos duda dada la dureza de la roca. La longitud de las incisiones oscila entre los 8 y 12 mm y la distancia entre las mismas es variable.

Colgante n.º 2

Pieza fabricada sobre un canto rodado de caliza margosa de color negruzco con tonalidades más o menos intensas según la zona. El soporte no parece haber sufrido modificación alguna significativa en su forma general, aunque sospechamos que el extremo no conservado, donde se aprecian restos de la perforación fracturada, pudo tener algún tipo de acondicionamiento. Su forma es de tendencia cónica oblicua y la sección oblonga. En nuestra opinión, su forma recuerda notablemente a

la de un canino atrofiado de ciervo, aunque su tamaño sea notablemente superior. Esta similitud, además del simbolismo del objeto original, pudo ser la razón por la que habría sido seleccionado por el hombre prehistórico (Fig. 4 sup.; Fot. 5).

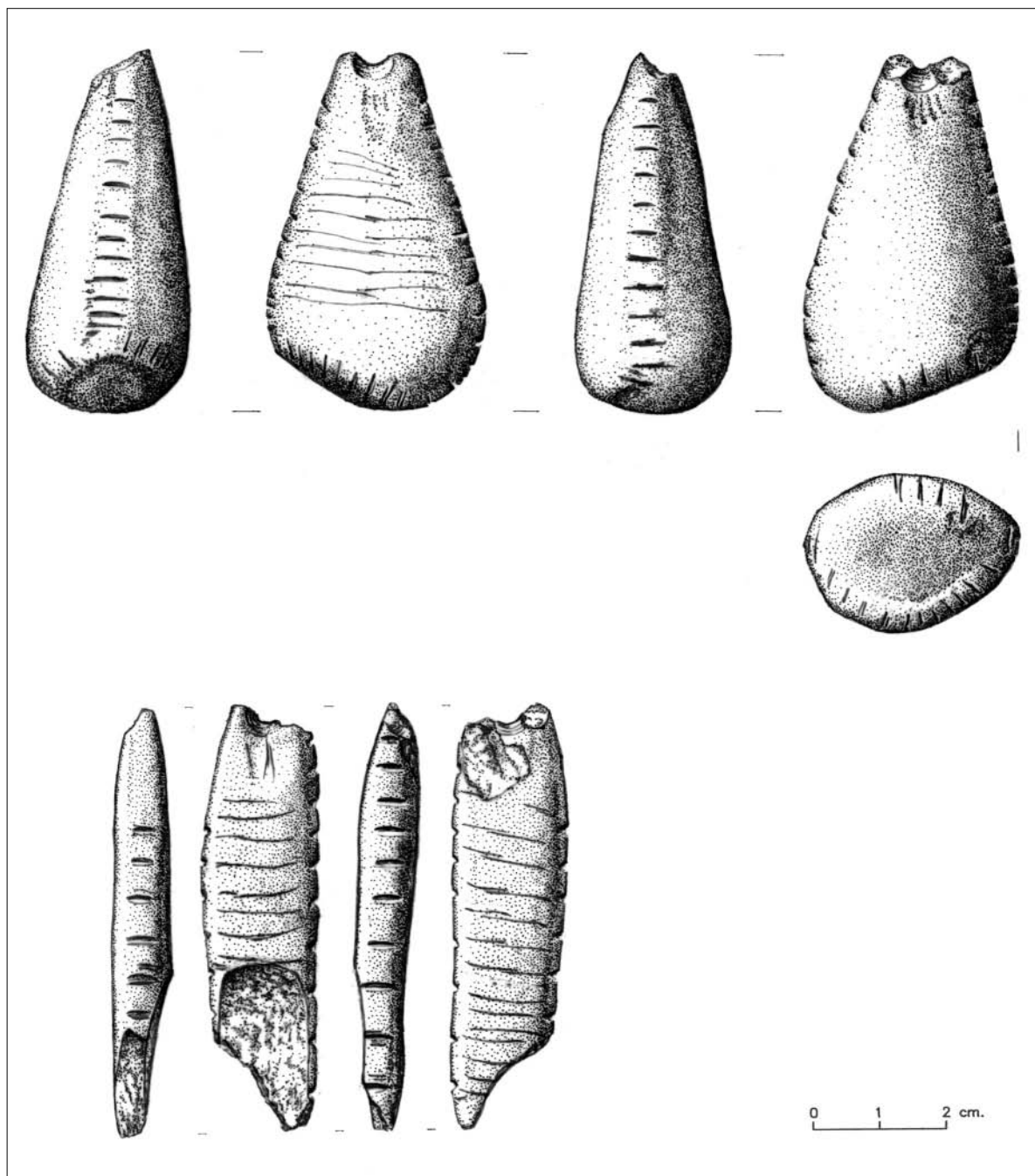


FIG. 4. *Colgantes sobre canto: n.º 2 (superior) y 3 (inferior)*

El orificio se localiza en la zona más delgada y estrecha del canto, en la parte correspondiente a la raíz del «canino». El espesor en este punto es de 8 mm. Su fabricación se llevaría a cabo en dos fases que recuerdan el procedimiento seguido en bastantes de los colgantes del Paleolítico Superior realizados sobre dientes. En la primera se preparó la superficie a perforar, adelgazándola o vaciándola mediante cortas incisiones que llegaban a conformar una suave depresión en cada cara o creando una superficie rugosa mediante suaves percusiones efectuadas sobre un objeto punzante que incidía puntualmente en el canto. De esta manera, al igual que en el caso de algunos dientes perforados, esta técnica facilitaría la realización del orificio por rotación bipolar evitando que el perforador se deslizase sobre la superficie. Las dimensiones máximas de la pieza son: $52,4 \times 33,1 \times 24,9$ mm.

Este canto está decorado en todas sus aristas, así como en una de sus caras laterales con trazos transversales regularmente dispuestos. Los de las dos aristas mayores (mesial y distal), que en cierta manera dividirían la pieza según su eje mayor, son cortos y profundos, de una longitud que se sitúa entre los 3,5 y 6 mm, siendo la distancia entre ellos de entre 2 y 5 mm. En una de las aristas, de tendencia ligeramente sinuosa, en un tramo de 44,3 mm, se practicaron doce trazos transversales, profundos y muy bien definidos. En la arista opuesta, en 35,2 mm, se aprecian otros tantos de las mismas características.

Por otra parte, en la zona central del lateral derecho hay diez incisiones transversales muy finas; las siete de más desarrollo, ligeramente quebradas o curvadas, están ejecutadas en dos movimientos debido a la convexidad de dicha cara. La longitud de estos trazos oscila entre los 24 mm del inferior y los 9 del superior.

Finalmente, en el perímetro de la base mayor (la parte correspondiente a la corona del «canino»), cuya forma es oblonga o elíptica, hemos contabilizado trece incisiones profundas, las dos primeras y la última de la serie más finas y otras aparentemente dobles por rectificaciones de las incisiones; a continuación hay un tramo de 1 cm, ligeramente desconchado con anterioridad a la elaboración del colgante, situado en la convergencia de la arista delantera con la porción de base sin incisiones, y a continuación otro tramo con cuatro profundas incisiones. Hay, además, otras tres más finas agrupadas que quizás pudieran ser fugas del útil rectificadas con posterioridad y, finalmente, la porción de arista perimetral correspondiente a un cuadrante que tampoco está decorada.

Colgante n.º 3

Fragmento próximo y medial de una pieza fabricada sobre un canto alargado y aplanado de margocaliza con forma tendente a rectangular. La prolongación de los lados, interrumpidos por la fractura, apunta hacia su convergencia en un extremo. En la arista superior del plano de fractura se conservan parcialmente los restos de una perforación bipolar ligeramente descentrada. Al igual que en otros colgantes, inicialmente, se efectuó un trabajo de vaciado con el fin de crear una ligera depresión para finalizar realizando el orificio por rotación (Fig. 4 inf.; Fot. 6).

Sus cuatro caras están decoradas con incisiones transversales distanciadas más o menos regularmente. En el lado recto se conservan 10 profundas incisiones transversales de entre 3,7 y 5,2 mm de longitud y de 1 mm de anchura, oscilando la distancia entre 4,5 y 7,5 mm. En el lado opuesto, de delineación convexa, presenta 6 trazos de entre 4 y 5,5 mm de longitud, oscilando la distancia entre ellos de 4,5 a 6,3 mm, y siendo la anchura de la incisión de 0,80 mm. Estos se concentran en 27 mm, careciendo de decoración los 20 mm más próximos al extremo perforado.

Las incisiones transversales de las caras mayores, que discurren a lo largo de totalidad de la anchura del colgante, son más finas. Su delineación es en ocasiones ligeramente cóncava y en otras algo sinuosa u oblicua, situándose su longitud entre 10,5 y 13,5 mm. Muchos de los trazos

FOTO 5. *Colgante n.º 2*FOTO 6.
Colgante n.º 3FOTO 7. *Colgante n.º 4*

se efectúan en dos movimientos. En una de las caras se contabilizan 14 incisiones regularmente dispuestas a intervalos que oscilan entre los 1,8 y 4 mm y en la superficie opuesta únicamente 8 incisiones a intervalos de entre 2,7 y 4,4 mm. Las dimensiones totales del colgante en su estado actual son: 64,5 × 17,1 × 8,4 mm.

La silueta de este ejemplar recuerda, a pesar de su estado fragmentario, una forma pisciforme a la que le faltaría la parte posterior y el extremo de la anterior. La línea de contorno curvada del canto podría corresponder a la arista dorsal del animal, de forma que el extremo de aquella, la zona donde se ubica la perforación, recordaría el inicio de la cabeza a la altura del opérculo. Hay que subrayar que a partir del punto donde se acentúa la curvatura desaparece la decoración en una de las aristas, así como en los laterales.

Colgante n.º 4

Pieza fabricada sobre un canto rodado aplanado de lidita de color negro. Su forma es, a grandes rasgos, de tendencia subrectangular con ángulos convexos o redondeados. El extremo donde se localiza la perforación es de tendencia ojival-semicircular y el opuesto recto, aunque ligeramente oblicuo. Por otra parte, los lados mayores son uno suavemente convexo y el opuesto cóncavo. Sus dimensiones máximas son: 81 × 37 × 8,7 mm (Fig. 5.; Fot. 7).

En su extremo más estrecho muestra una perforación bicónica finalizada por rotación. Previamente se practicó un trabajo de vaciado o de preparación de una superficie rugosa, similar al realizado en otros colgantes de Praile Aitz (n.ºs 1 y 2). Restos de este trabajo son algunas incisiones cortas, que quizás habría que interpretar como líneas de fuga, y simples puntos incisivos irregulares resultado del trabajo realizado con un objeto punzante.

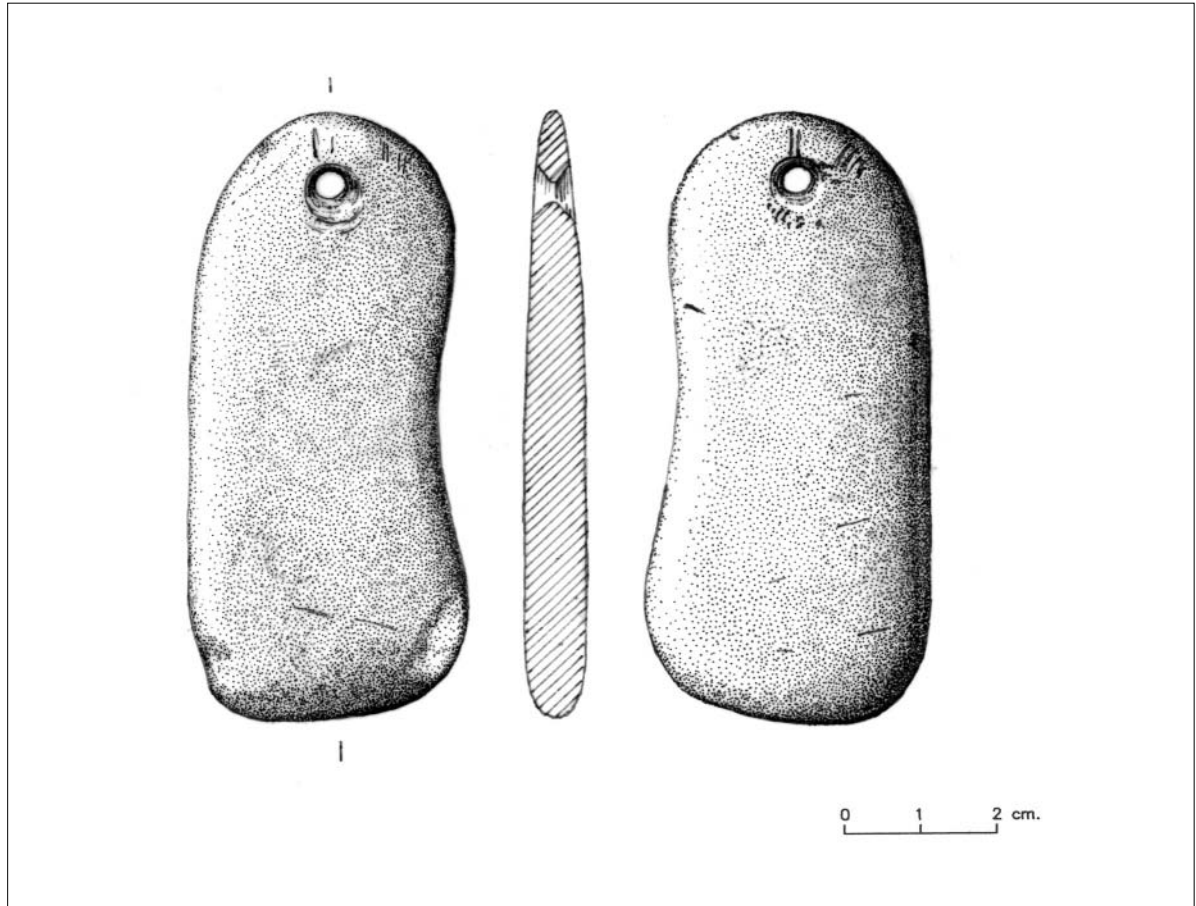


FIG. 5. *Colgante sobre canto aplanado: n.º 4*

La perforación es ligeramente ovalada y bastante oblicua en una de sus caras. El diámetro interior del orificio es de 3,8 mm y el exterior de 7 mm.

En una de las caras mayores el canto presenta tres desconchados, dos de los cuales se sitúan en los dos ángulos del extremo opuesto a la perforación. Las aristas de la fractura de uno de ellos están muy redondeadas por el agua por lo que deducimos que este desconchado se produjo mucho antes de ser recogido el canto en el río. El situado en el ángulo opuesto es algo menor, y evidentemente es más reciente que el anterior, aunque no tenemos claro si se produjo con posterioridad a su recogida. El tercer desconchado, localizado junto a la perforación, es claramente el que presenta las aristas más frescas.

Colgante n.º 5

Incisivo de cabra con doble perforación bicónica en la raíz. La distancia entre el centro de ambos orificios es de 7 mm y su elaboración ha tenido dos fases, una de vaciado, muy poco intensa, y otra posterior de rotación. El diámetro de uno de los orificios es de 2 mm y el del situado en el extremo de la raíz, algo más reducido y ligeramente elíptico, de 1,7 mm (Fig. 6; Fot. 8).

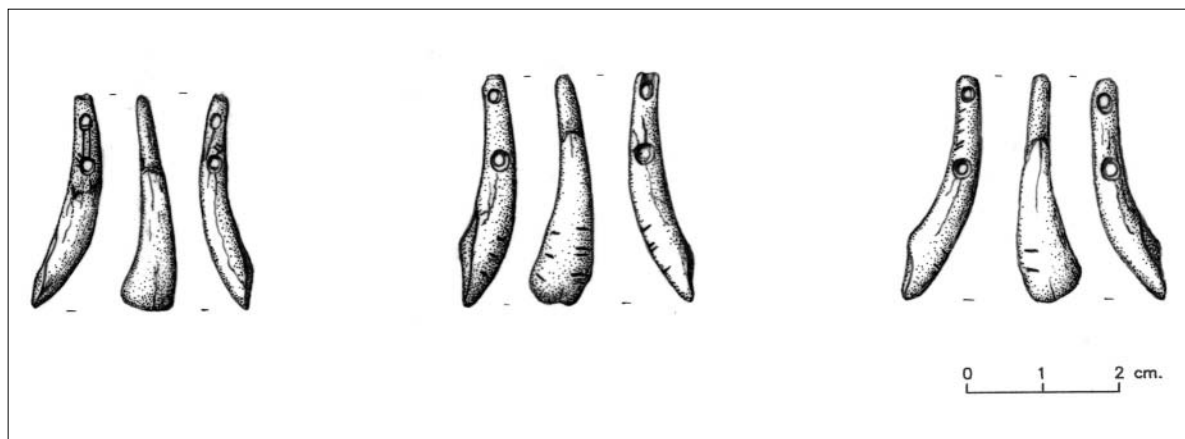


FIG. 6. *Colgantes sobre incisivo: n.º 5, 6 y 7*

Colgante n.º 6

Incisivo de cabra con doble perforación bicónica en su raíz. La distancia entre el centro de ambos orificios es de 10,8 mm. El diámetro interior del mayor de ellos es de 2 mm y el del situado en el extremo de la raíz, ligeramente más pequeño, de 1,5 mm. A ambos lados de la cara frontal de la corona, en la zona de convergencia con el lateral, presenta cortas incisiones transversales, tres en el derecho y cuatro en el izquierdo. Hay que subrayar que en el lado izquierdo de la raíz se conserva una mancha de ocre claramente visible (Fig. 6; Fot. 8).



FOTO 8. *Colgantes n.º 5, 6 y 7*

Colgante n.º 7

Incisivo de cabra con doble perforación bicónica en la raíz. La distancia entre el centro de ambos orificios es de 11,4 mm y el diámetro interior de ellos de 1,8 mm. En el lado derecho de la cara frontal o vestibular de la corona tiene dos cortas incisiones transversales paralelas entre sí.

La técnica de elaboración de estos tres colgantes en dientes, y que ha sido frecuentemente descrita también en otros yacimientos, ha tenido probablemente dos fases, si bien sólo es evidente la de rotación bipolar en la raíz. Junto a uno de los orificios quedan restos de la labor de ahuecamiento o vaciado. No existen huellas de adelgazamiento de la raíz mediante raspado longitudinal (Fig. 6; Fot. 8).

Azagaya (n.º 8)

Ejemplar entero de punta o azagaya fabricado sobre una lengüeta de asta. Su extremo distal es acerado en los últimos 20 mm y tiene sección biconvexa-aplanada. A continuación, hacia el extre-

mo proximal y en unos 80 mm, presenta una superficie plana cuyo tejido esponjoso ha sido raspado hasta su total desaparición, siendo aquí su sección transversal aproximadamente semicircular. Finalmente, en la parte restante muestra un corto bisel liso de 31 mm cuyos laterales han sido raspados a fin de estrecharlo. Las dimensiones totales de la azagaya son: $132,5 \times 9,5 \times 7,4$ mm (Fig. 7; Fot. 9).

Por otra parte, a la altura de la zona medial de la azagaya y a ambos lados se aprecia un zig-zag formado por tres y cuatro trazos que son cortados por otros tres cortos transversales (situados en la cara cortical) en los ángulos en los que tienden a converger las líneas quebradas, formando de esta manera dos hexágonos (casi rombos) muy alargados, contiguos. El espacio interior de dichas

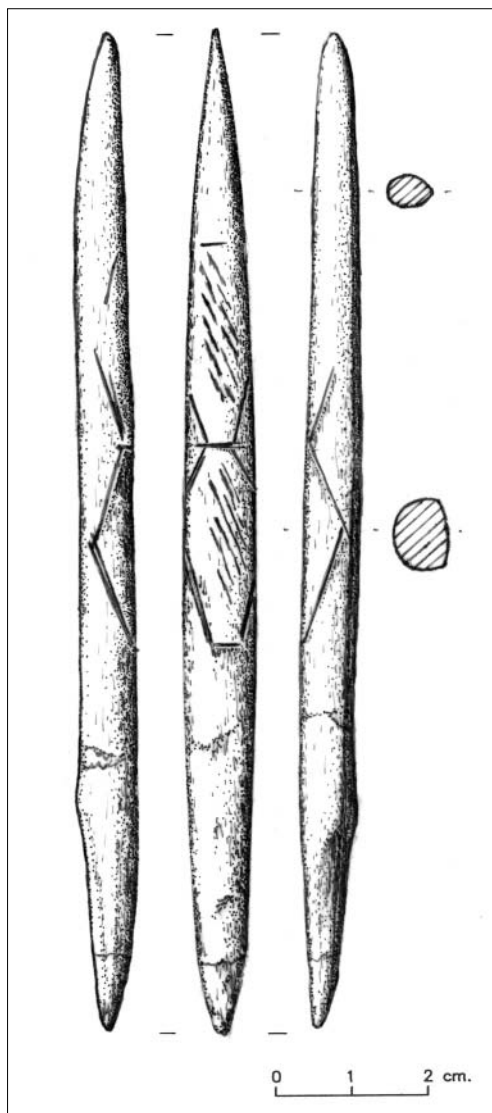


FIG. 7. *Azagaya decorada*



FOTO 9. *Azagaya decorada*

representaciones, que coincide con la cara cortical de la azagaya, está relleno por dos series de profundas incisiones oblicuas muy agrupadas. Este motivo encajaría en el grupo definido por I. Barandiarán como forma cerrada con relleno interior.

Hay que subrayar que sus características tipológicas son excepcionales. Por una parte, recuerdan a azagayas de bisel central del Solutrense Final y del Magdaleniense Inicial Cantábrico, pero a la que estudiamos se le prolonga dicha superficie mediante un corto monobisel. En cierto sentido nos hace pensar también en las azagayas cuyo bisel supera en más de un tercio la longitud total de la pieza, aunque en la de Praile Aitz I hay una ruptura neta entre el bisel y la superficie medial plana.

Otro útil con el que se podría relacionar es con la varilla planoconvexa, aunque es conveniente retomar las reflexiones que hacía I. Barandiarán con motivo del estudio de la industria de El Juyo (1985, 183-4) en las que destaca la dificultad que presenta la diferenciación de determinadas azagayas respecto de algunos tipos de varillas. En nuestra opinión, la pieza que tratamos no puede vincularse con éstas porque las diferencias entre ambas son notables:

- El índice de aplanamiento (Anchura/Espesor) de este objeto es de 1,29, mientras que en los ejemplares más típicos de Urtiaga, Ermitia, Aitzbitarte, etc. supera el índice de 2 (Múgica, J.A.: 1983, 517).
- La desaparición total del tejido esponjoso de la superficie ventral, cara en la cual las varillas frecuentemente presentan estrías oblicuas paralelas para facilitar la adherencia de la varilla complementaria. Sin embargo, no podemos obviar también la existencia de ejemplares (por ejemplo en los niveles magdalenienses de Isturitz) cuyo tejido esponjoso ha desaparecido completamente por raspado total, llegando incluso a la transformación de su sección planoconvexa o semicircular en cóncavo-convexa, aunque estas modificaciones en ejemplares aislados da la impresión de que se tratan de ensayos en la mejora del enmangamiento o del uso del útil o de adaptaciones circunstanciales de una varilla a algún astil.
- La sección de las varillas planoconvexas en su extremo distal, por lo general, es continuación de la que se observa en la parte medial. En este caso no ocurre lo mismo, sino que de semicircular se transforma en biconvexa. En las ocupaciones solutrenses y magdalenienses de Isturitz estudiamos (Mujika Alustiza, J.A.: 1991) unas pocas piezas incompletas (fragmentos mesodistales) de estas características.

5. PARALELOS DE LAS PIEZAS DE PRAILE AITZ I

La recogida de fósiles, cristales de cuarzo y otros minerales por el hombre se constata desde el Paleolítico Medio. Ya en el Paleolítico Superior comienzan a proliferar piedras o cantos rodados que recuerdan figuras de animales o humanas, así como la reproducción de dichas representaciones en otras materias primas (marfil, asta, ámbar, esteatita, etc.). Ejemplos de ello serían la cabeza de caballo de Isturitz aprovechando un canto rodado perforado cuya forma natural se asemeja a dicho animal (Zervos, Ch.: 1959), el canto de cuarcita que recuerda a una cabeza humana procedente de la cueva de Entrefoces (González Morales, M.: 1990), las cuentas que imitan caninos atrofiados y que han sido fabricadas en serie, etc. Además, en el arte parietal también son abundantes los testimonios de aprovechamiento de las formas naturales de la pared para completar o representar ciertas figuras, como se constata por ejemplo en las cercanas cavidades de Ekain y Altxerri.

En lo que se refiere a la cueva de Praile Aitz I, los colgantes de piedra constituyen una evidencia del aprovechamiento de cantos con siluetas y volúmenes que, a nuestro entender, sugieren seres y objetos determinados valorados desde el punto de vista ornamental o simbólico.

Es habitual también que, a partir del Paleolítico Superior hasta la actualidad, se transformen en colgantes elementos naturales vegetales (frutos, bayas, etc.) y determinadas partes óseas de los animales (dientes, metacarpianos, vértebras de salmón, etc.), tras perforarlos o elaborar algún otro tipo de sistema de suspensión (muescas, estrangulamientos). Los incisivos con doble perforación de Praile Aitz I serían un ejemplo en este sentido.

Recogemos una serie de casos relativos a objetos hallados en diferentes lugares que por uno u otro motivo consideramos pudieran tener relación con los aquí presentados:

Colgante n.º 1

El hallazgo de soportes de piedra (cantos o plaquetas) perforados no es muy frecuente y a título de hipótesis no podemos evitar la referencia, por su silueta natural, a bastantes de las «venus» paleolíticas. La pieza de Praile Aitz I recuerda a una de estas figuras y su contorno tiene un parecido indudable con algunas de las más clásicas como la hallada en la Barma Grande de Grimaldi, fabricada en esteatita ambarina, «La Rombo» de Grimaldi (Italia), las venus I de Willendorf (Austria), Kostienki (Rusia) o la de Lespugue (Francia), así como con el contorno del relieve de la Dama del cuerno de Laussel (Francia).

Con relación a las representaciones femeninas paleolíticas de Kostienki, Lespugue y Willendorf, A. Leroi-Gourhan (1984) considera que «*la posición de los diámetros transversales máximos juega un papel en el equilibrio material y visual de las esculturas: centrado en las caderas de las estatuillas*», e interpreta que el encuadre en rombo regular constituiría una característica simplificada de la mayor parte de las estatuillas paleolíticas denominadas venus auriñacienses. Siguiendo al mismo autor, las tres venus citadas, fabricadas en marfil de mamut las dos primeras y en piedra la tercera, miden entre 11 y 15 cm y en su modelo general responden a un estado figurativo sintético del cuerpo humano.

Todas ellas están vinculadas por el encuadramiento, aunque con formas más o menos marcadas según los casos. En las tres el eje vertical está dividido en dos mitades iguales por un diámetro transversal máximo, lo que origina una forma romboidal abierta y una doble simetría; en todas, las caderas se corresponden con el diámetro transversal máximo, equilibrándose los volúmenes simétricamente hacia arriba y hacia abajo. Es de destacar según A. Leroi-Gourhan que este encuadre se confirma en la mayor parte de las representaciones femeninas de bulto redondo o bajo-relieve, independientemente de su tamaño, desde los Urales hasta el Atlántico en la misma época y que sitúa en torno a los 20.000 años a.C. En la figura 8 hemos representado sobre la silueta del colgante n.º 1, de 120 mm de altura, la de Lespugue de 147 mm y la venus n.º 3 de Kostienki de 114 mm, tras la adaptación de las escalas de las dos venus para su comparación con el colgante de Praile Aitz I (Fig. 8).

Realizamos estas consideraciones con respecto al colgante n.º 1 por creer que tiene interés, pese a que en esta pieza no se ha modificado la forma natural del canto, salvo para fabricar el agujero que la convierte en colgante y para realizar unas finas incisiones. En la hipótesis que planteamos las incisiones intencionales del canto se podrían relacionar, a título de sugerencia, con las de la figura de Lespugue que tiene representada una vestimenta a base de incisiones paralelas longitudinales en la parte inferior de las nalgas; así mismo las de Kostienki cuentan con una «*especie de franjas a base de rasgos figurados o por estrechas bandas esculpidas en relieve a modo de cenefa*»; finalmente, la venus XIV de marfil de Vestonice, aunque mucho más esquemática, presenta también incisiones transversales y oblicuas a lo largo del cuerpo (Delporte, H.: 1982).

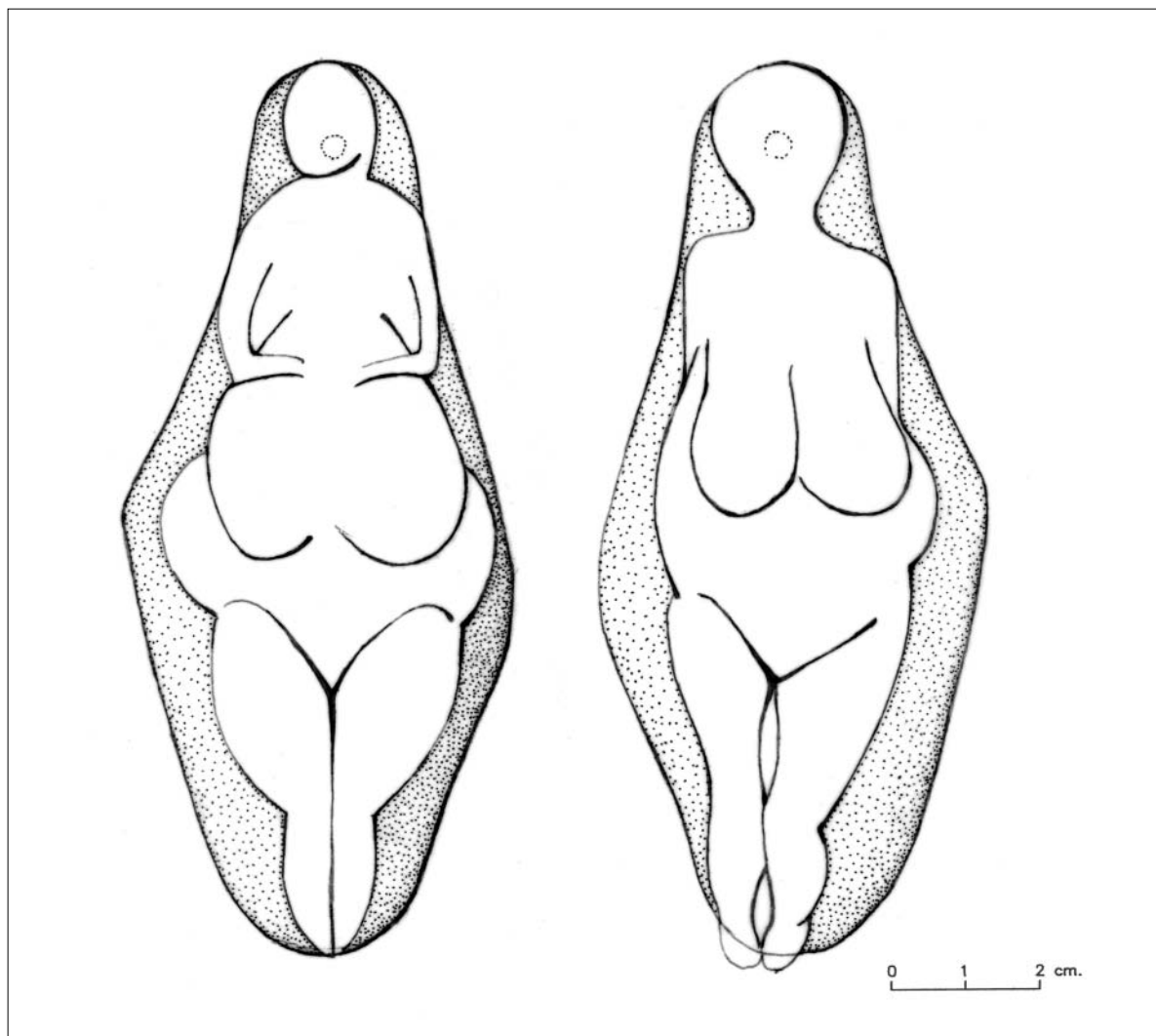


FIG. 8. Colgante n.º 1 de Praile Aitz I con superposición, tras adaptar las escalas de las venus de Lespugue (izquierda) y Kostienki (derecha) realizadas por A. Leroi-Gourhan

Hay que subrayar que la mayoría de las venus no muestran indicios de que hayan sido utilizadas suspendidas como colgante, si bien hay dos ejemplares de Malta que poseen una perforación en un extremo (Abramova, A.: 1980).

La representación de figuras humanas de bulto redondo en el arte mobiliario no es frecuente; en la Cornisa Cantábrica contamos con las siguientes citas: el bastón de mando de El Pendo que sugiere una controvertida forma femenina (Carballo, J., González Echegaray: 1952, 41-43; Ripoll, E.: 1958; Barandiarán, I.: 1973; Corchón, M.ª S.: 1986), las dos varillas de Tito Bustillo (Moure, A.: 1984), la cabeza de Entrefoces (González Morales, M.R.: 1990) y «La Venus» de Las Caldas (Corchón, M.ªS.: 1990, 25). Sin embargo, existen en el arte mueble otra serie de representaciones humanas grabadas sobre diferentes soportes, que no trataremos en esta ocasión como la de

Torre (Barandiarán, I.: 1971), Isturitz (Saint-Périer, R.: 1930; 1936), la possible de Les Harpons (Allard, M.: 1989), etc.

Colgante n.º 2

Esta pieza vendría a incrementar el escaso repertorio de representaciones de bulto manufacturadas sobre piedra halladas en la Cornisa Cantábrica. Este soporte natural sugiere muy inmediatamente la forma de un canino atrofiado de ciervo. Entre sus paralelos contamos, a pesar de su variabilidad en cuanto a materia prima y proceso de fabricación, con dos grupos: el formado por los dientes naturales perforados y el de sus imitaciones en diferentes soportes (hueso o piedra —esteatita, talquita, etc.—). Todos ellos, posiblemente, poseerían la misma simbología; la atribuida a la pieza dentaria original.

Sorprende la presencia de este objeto a lo largo de la Prehistoria, desde el Paleolítico Superior hasta la Protohistoria, aunque desconocemos su significado. Los contextos de los que proceden son tanto lugares de habitación como de carácter funerario (dólmenes y cuevas sepulcrales). Junto a su interés estético se pudiera ocultar un simbolismo que desconocemos, y que en ocasiones diferentes autores han intentado interpretar con mayor o menor éxito. Así algunas especies de moluscos como las *Cypraea* lo han sido como símbolos del sexo femenino y los *Dentalia* como masculino, mientras que los caninos atrofiados han sido considerados símbolos de virilidad (Barge H.: 1982, 83).

Dentro del Paleolítico Superior se conocen estos caninos atrofiados en numerosas cavidades cantábricas: niveles aurinienses y gravetienses de Morín, en el Auriniense evolucionado de El Pendo, en el Magdaleniense Arcaico de Rascaño, en el Magdaleniense Inferior Cantábrico de El Juyo y Erralla, en el Magdaleniense Superior-Final de Urtiaga, etc. En épocas posteriores encontramos caninos naturales no decorados en niveles azilienses de la cueva de Antón Koba (Armendáriz, A.: 1992), en el Epipaleolítico y Neolítico Antiguo en cuevas como Zatoya —Navarra— (Barandiarán, I.; Cava, A.: 1989) o Moro de Olvena —Huesca— (Alday, A.: 1995, 205), en dólmenes como Peña Guerra I —La Rioja— o en cuevas sepulcrales como la cercana de Pico Ramos —Bizkaia— (Zapata, L.: 1995).

En lo que se refiere a la utilización de los propios caninos atrofiados de ciervo, en este caso decorados, se conocen ejemplares con incisiones transversales en sus aristas o en sus caras, muy similares a las que adornan el colgante en piedra de Praile Aitz I. Entre los más próximos geográficamente se pueden citar los correspondientes a diversos momentos del Paleolítico Superior: Bolinkoba, La Loja y Morín (Barandiarán, I.: 1973), Tito Bustillo (Moure, J.A.: 1975), Cova Rosa, La Paloma y Las Caldas (Corchón, S.: 1986), El Rascaño (González Echegaray J.; Barandiarán, I.: 1981), El Juyo (Barandiarán, I.: 1985), etc.

Otra serie consiste en imitaciones de caninos atrofiados elaborados con distintas materias primas, más interesantes a efecto de la comparación con la procedente de Praile Aitz I como versión de una pieza dentaria en otro soporte. Contamos con ejemplares de este tipo en los niveles aurinienses de Pair-non-Pair, Abeilles, Saint-Jean-de-Verges, Isturitz o Gatzarria, en este último caso con piezas de esteatita, asta y marfil dentro del Auriniense Antiguo y Protoauriniense (Sáenz de Buruaga, A.: 1991), de talquita en El Pendo (Barandiarán, I.: 1980), de esquisto en el nivel gravetiense de Pavlov II (Otte, M.: 1981; fig. 168.140) y en asta en el magdaleniense de la cueva des Harpons (Luquet, G.H.: 1926), etc.

En lo que se refiere a la decoración a base de incisiones transversales profundas en las aristas de las piezas n.ºs 2 y 3 de Praile Aitz, este tema es frecuente en objetos óseos y no faltan en algunos cantos como el perforado del Magdaleniense Superior de Mas d'Azil (Chollot, M.: 1980) que

muestra incisiones en una de sus aristas, llegando a crear en este caso un motivo casi tuberculado. Por su proximidad geográfica queremos mencionar los cantos perforados y con incisiones procedentes de los niveles gravetienses de Isturitz (R. y S. de Saint-Périer, 1952, fig. 71.6, 104.10 y 11). Al referirnos al colgante n.º 3 volveremos sobre esta cuestión.

Colgante n.º 3

El colgante que tratamos muestra dos hileras de finas incisiones transversales en sus superficies mayores (dorsal y ventral) intercaladas entre dos filas de incisiones, así mismo transversales, pero profundas y cortas en las caras laterales. Este hecho recuerda lo descrito en relación al colgante n.º 2. La existencia de incisiones transversales en objetos de hueso o piedra es relativamente frecuente a lo largo del Paleolítico Superior, aunque en ocasiones no presentan ningún tipo de sistematización o ritmo.

Paralelos a considerar en relación con este ejemplar podrían ser el canto hallado en Espélugues (Lourdes), decorado con dos hileras de líneas transversales que cubren un tercio de una de las caras del objeto o el hallado en el Magdaleniense Superior de Mas d'Azil que sobre sus dos caras cuenta con líneas transversales ligeramente oblicuas e irregulares (Chollot, M.: 1980, 260), etc. Así mismo se producen variaciones de estos temas en cantos magdalenienses (Gazel —Aude—, etc.) y perduraciones de cronología Aziliense en los abrigos de Dufaure (Landes), Rochedane (Doubs) o algo más tardías en Pommeraye (Maine-et-Loire) (Couraud, Cl.: 1985).

No obstante, en otras ocasiones, alguno de estos temas de hileras de incisiones transversales en sus caras se constata en colgantes de piedra (Barandiarán, I.: 1973; Sacchi, D.: 1990; Taborin, Y.: 1990), siendo éste el caso del cantito perforado del Magdaleniense Inferior de Balmori (Asturias) y en los procedentes del Aurifiaciense de Isturitz (Behenafarroa) y del Gravetiense de Morín (Cantabria).

También están presentes en los bordes y parte de las caras de dos colgantes (?) de marfil del solutrense de Las Caldas, motivo ya presente en el gravetiense de Bolinkoba, Morín y Pendo, aunque al parecer alcanzan su máximo desarrollo en el Solutrense superior —Cueto de la Mina, Altamira, Cova Rosa...— (Corchón, S.: 1981, 141).

En caso de admitirse como válida la hipótesis de que nos halláramos ante un colgante pisciforme, podrían tomarse en consideración algunas figuraciones de peces del arte parietal y mueble, en este caso sobre distintas materias primas (preferentemente hueso o asta), utilizando técnicas de fabricación diferentes, y que recuerdan en algunos aspectos a la pieza estudiada. En las figuraciones realistas de peces, tal como señala I. Barandiarán (1972), son frecuentes las incisiones cortas, a modo de entalladuras, que inciden sobre una o dos aristas; los trazos cruzados en retícula rellenando el espacio interior de los flancos laterales (Isturitz, El Pendo...); trazos paralelos ligeramente oblicuos al eje longitudinal de la pieza y menos frecuentemente punteados, trazos cortos, líneas longitudinales paralelas (Valle, Isturitz...).

El contorno de un ejemplar de Mas d'Azil (Chollot, M.: 1980, 386) fabricado sobre una costilla, presenta en las aristas dorsal y ventral una delineación recta en un caso y ligeramente curva en otro, coincidiendo con las de Praile Aitz I. Así mismo muestran similitud por las incisiones transversales cortas y profundas regularmente dispuestas que afectan a las mencionadas aristas.

La desaparición de las incisiones a la altura del inicio de la cabeza en el ejemplar de Praile Aitz I se constata también entre otras obras de arte mobiliario (Zervos, Ch.: 1959, lám. 508-509) en una pieza de asta magdaleniense de La Madeleine decorada en sus dos caras por sendos peces de estas características, así como en otros ejemplares de arte parietal (Altzerri) o mobiliario (Laugerie-Basse,

Lorthet, etc.). En algún otro caso (El Pendo) a la altura de la cabeza se modifica el tipo de decoración presente en la arista y laterales (Barandiarán, I.: 1972).

Colgante n.º 4

Los paralelos de este colgante, que no presenta forma especial alguna y que además está desprovisto de toda decoración tampoco son relativamente frecuentes, pudiendo citar algunos ejemplares procedentes de Balmorí (Asturias —I. Barandiarán: 1973—), Isturitz (Baja Navarra —R. y S. de Saint-Périer, lám. X—), Pavlov II (Moravia —Otte, M.: 1981; fig. 168.140—), etc.

Colgantes n.ºs 5, 6 y 7

Los paralelos de estas piezas dentarias no son muy abundantes, pero se conocen incisivos de caballo y de cérvidos decorados y con doble perforación (alguno incluso con cinco orificios) en diferentes niveles magdalenienses de la cornisa cantábrica y territorio norpirenaico. Se pueden enumerar algunos ejemplares hallados en la cercana cueva de Ermittia, Arenaza (dos fragmentos relacionables junto con otros objetos con el ajuar del santuario paleolítico —Gorrotxategi, X.: 2001, 231—), Isturitz, en Mas d'Azil, en Tito Bustillo, etc.

Con relación a la mancha de ocre del colgante n.º 5, cabe señalar que este tipo de restos se conservan en diferentes piezas tanto de hueso o asta como de piedra, y si bien a veces se podría dudar sobre si el color ha sido dado de forma intencionada o se debe a procesos naturales, en otros queda clara la intervención humana. En nuestro caso no podemos inclinarnos en uno u otro sentido. Sin embargo hay que dejar constancia del hallazgo en este nivel, y en una zona próxima al colgante, de dos lápices de ocre.

Azagaya (n.º 8)

Los paralelos formales de este objeto son muy escasos y no conocemos ninguno completo que sea estrictamente idéntico, si bien hay ejemplares que le recuerdan en algunos aspectos. Entre éstos podemos citar diversos fragmentos mesodistales de varillas/azagayas, es decir trozos que en el sector proximal de la parte conservada tienen sección planoconvexa y aplanada en la distal, procedentes de los niveles solutrenses y magdalenienses de Isturitz.

Del nivel IV de El Juyo proceden una azagaya monobiselada con un alisamiento similar a las de los biselados centrales en su cara opuesta y otros dos ejemplares correspondientes a trozos de «varillas» de bisel central que se reutilizan transformándolas en azagayas mediante la adición del normal bisel simple proximal (Barandiarán, I.: 1985. Fig. 1.1, 5.5 y 6.4).

En el aspecto referido a la decoración hay que señalar las dificultades de encontrar paralelos idénticos. El motivo decorativo puede ser clasificado entre las formas cerradas (Barandiarán, I.: 1967; 1973), que incluyen rombos, trapecios, triángulos, óvalos, pisciforme y variantes de los mismos o que incorporan algún otro elemento. Esta azagaya vendría a enriquecer esta serie de motivos, aunque es indudable la complejidad de su interpretación. Por un lado habría que subrayar su proximidad con los rombos, de los que sin embargo se aleja, ya que una corta incisión transversal las convierte en hexágonos. Recuerda a ciertas figuras que en algunos yacimientos han sido consideradas como pisciformes, pero hay que señalar que en este caso las líneas que conforman el motivo son rectas, en ningún caso de tendencia curvilínea. La forma cerrada representada en esta azagaya, a pesar de que en cierto sentido se aproxima a algunos motivos (óvalos con trazos interiores

transversales o de los rombos con trazo interior) hallados en la vecina cueva de Ermitia, es netamente distinta.

Otra hipótesis es la de que pudiera tratarse de representaciones esquemáticas de cápridos vistos frontalmente, y en este caso quizás a modo de parejas de cabezas invertidas. El relleno podría venir a representar el pelaje de estos animales.

6. CRONOLOGÍA

Además del estudio de los objetos y de la búsqueda de paralelos de los mismos se ha procedido a datar por C14 algunas muestras óseas procedentes de distintos lugares de la sala de la entrada de Praile Aitz. Las enviadas al laboratorio de Beta Analytic de Miami aportaron los resultados siguientes:

—Beta 162879: corresponde a una esquirla ósea recogida junto a los colgantes 1 y 2.

PA I. B10.298 17.760±70 BP (AMS) 17.850±70 (Convencional)

—Beta 162880: esquirla ósea recogida junto al hogar.

PA I. F10.269 15.190±50 BP (AMS) 15.300±50 (Convencional)

Con el fin interpretar de forma lo más certera posible el contexto del que procedían las muestras se enviaron al *Centrum voor Isotopen Onderzoek* de Groningen, otras dos muestras para ser datadas por AMS, proporcionando los siguientes resultados:

—GrA 20462: esquirla ósea recogida junto a los colgantes 1 y 2.

PA I. B12.285 14.700±100 BP

—GrA 20464: esquirla ósea del hogar.

PA I. F10.269 15.460±100 BP

En definitiva, y creemos que las más aceptables para fechar el suelo de ocupación y los colgantes son las obtenidas en el hogar y sus proximidades. En nuestra opinión, las dos fechas menos coherentes proceden de contextos en los que la relación entre los objetos y las muestras no está suficientemente bien definida.

De los resultados obtenidos en estas cuatro dataciones, y de forma provisional, podemos avanzar las siguientes consideraciones:

- 1) Las dos fechas proporcionadas por las esquirlas de las proximidades del hogar son casi sincrónicas y servirían para confirmar la contemporaneidad del suelo, el hogar y los colgantes 3 y 4, además de otros restos arqueológicos que no detallamos en este trabajo.
- 2) Las muestras que pretenden una aproximación a la cronología absoluta de los colgantes 1 y 2, y su relación con el hogar y demás elementos del otro extremo de la sala, han aportado dataciones dispares entre sí y alejadas de las anteriores. Estas fechas las consideramos válidas en cuanto que se ajustarían a la cronología de dichas esquirlas, pero dudamos de su exacta relación con el contexto de las piezas que deseamos datar. Las causas que han producido este hecho podrían ser las que enumeramos a continuación:

—La escasez de restos óseos en el lugar dificultaba la obtención de la muestra que consideramos ideal.

—El suelo de cantitos claramente definido en la sala presentaba aquí una mayor irregularidad en cuanto a su densidad y relieve por lo que los criterios estratigráficos no eran tan evidentes, no permitiendo diferenciar de forma neta las ocupaciones correspondientes al

Solutrense (al que correspondería la esquirra ósea) y al Magdaleniense Inferior. Este sería coetáneo con el que está presente en el resto de la sala (el hogar, la azagaya y los colgantes 3 y 4, además de otros restos).

- La debilidad de la potencia del sedimento acumulado en dicha zona explica que en una diferencia de cota máxima de sólo 12 cm (haciendo caso omiso de la existencia de posibles buzamientos no detectables en la actualidad) entre dos cuadros contiguos (B10.298 y B12.285) hubieran transcurrido 3000 años
- La esquirra (B12.285) utilizada para datar el colgante 1, procedente del cuadro B12.291, se encontraba 6 cm por encima de ésta, razón por la que la fecha obtenida 14.700 ± 100 BP pudiera corresponder a una «ocupación» posterior.

La otra fecha (relacionable con la ocupación infrayacente —Solutrense—), sin embargo, se hallaba a la misma cota que el colgante 2.

7. CONSIDERACIONES FINALES

La cavidad de Praile Aitz I no puede considerarse como un lugar de hábitat estable. Las características de los materiales arqueológicos recuperados a lo largo de su secuencia nos llevan a considerarlo como un asentamiento temporal ocasional, relacionado con otros campamentos de similares características (Erralla, Ekain) y, en algún caso, de mayor estabilidad o más frecuentado (Urriaga, Ermitia). Son varias las dataciones correspondientes a los niveles del Magdaleniense Inferior de estos yacimientos que coinciden con algunas de Praile Aitz I. No obstante la proximidad geográfica de la cueva de Ermitia, la existencia de dos dataciones «contemporáneas» de la ocupación que tratamos, 14.900 ± 165 BP y 15.420 ± 145 (Esparza, X.; Mujika, J.A.: 1999) y la presencia de paralelos de los colgantes sobre incisivos (Er-III-7 y 35 —Mugica, J.A.: 1983—) hacen verosímil la suposición de relaciones entre ellos o de tratarse de ocupaciones complementarias.

Los restos estudiados pueden atribuirse a una breve ocupación durante el Magdaleniense Inferior. Previamente se preparó un suelo de cantos de caliza de reducido tamaño, el cual nos permitió su definición neta en la pequeña sala de Praile Aitz I, posibilitando analizar y contextualizar de una forma integral los diferentes elementos atribuibles a dicha ocupación. El espacio de la cueva parece estar estructurado en dos áreas diferenciadas; una, la más amplia, al abrigo de la pared y de un gran bloque, está delimitada por una piedra, que pudo cumplir funciones de asiento, ante la cual se localiza un hogar claramente definido por una cubeta, huesos y carbones. La segunda zona, de poca superficie y escasa altura, pudiera haber sido apropiada para reposar tumbado o reclinado.

Tomando en consideración el total de los restos arqueológicos procedentes de esta ocupación, y a falta de su estudio pormenorizado, puede adelantarse que nos hallamos ante un conjunto de características excepcionales debido a la escasez de restos faunísticos (de cuyo origen antrópico dudamos en algunos casos) e industriales líticos y óseos frente al significativo y elevado número de objetos de adorno para lo que suele ser usual en los yacimientos del Paleolítico Superior. De estos datos parece deducirse que, muy probablemente, sería un grupo muy reducido el que habitó de forma breve en esta pequeña cavidad, o incluso, se puede llegar a aventurar que fuese un solo individuo el que la ocupó.

El conjunto de colgantes recuperado invita a una reflexión sobre las razones de su abundancia en un contexto de habitación tan precario, su significado y las causas de su abandono.

La utilización de los elementos de arte mueble podría estar asociada en muchos casos a una función de ostentación, de ornamentación o de jerarquía en opinión de I. Barandiaran (1994), a la vez

que como obras de arte estarían dotadas de valores no inmediatamente utilitarios, de modo que su significado ritual o de prestigio podría hacer que los que fabricaron o quienes portaron las piezas las conservaran más tiempo o fuesen incluso transmitidas de unos a otros individuos. Su facilidad de ser transportadas unido a su importancia podría hacer que el lugar de su hallazgo e incluso la cronología que se le supone se hubiera, más o menos intensamente, desplazado.

En nuestra opinión, refiriéndonos concretamente a los colgantes de la cueva de Praile Aitz I, no creemos, sin embargo, que se produzcan estas variaciones de ubicación geográfica o cronológica. La materia prima utilizada en su fabricación es frecuente en la zona, pudiendo haber sido recogida en el cauce del río Deba, ubicado a los pies de la cavidad. Así mismo, la factura y los motivos decorativos de algunos de ellos son muy similares por lo que podrían constituir una unidad en su función estética y en su dimensión simbólica.

La elección de estas piedras para elaborar los colgantes pudo haberse producido no sólo por su sugerente forma o su simbología, sino también por sus características táctiles o textura, suave al tratarse de cantos rodados, así como por la coloración o brillo que adquieren al ser humedecidos. El cambio de color e intensidad de brillo que se aprecia en estas piezas al entrar en contacto con el sudor de la piel o humedecerse ha sido comprobado por nosotros, y destacado también por J. Rodière (1996) en el caso de las cuentas de esteatita.

En la actualidad no es posible conocer si estos colgantes eran utilizados de forma individual o todos ellos eran elementos constitutivos de un collar. Su ubicación espacial hace pensar que algunos pudieron haber sido utilizados no de forma individual, sino en grupos de dos o tres elementos entre los cuales pudieran haberse intercalado otros de materiales precederos (frutos, semillas, etc.). La proximidad de los colgantes 1 y 2 entre sí, e incluso la de los dientes perforados, apoyan esta posibilidad. De todas formas no descartamos el que todos ellos hubieran constituido un único collar, actualmente hallado desperdigado sobre el suelo de cantos.

La recogida de algunos de estos cantos no parece que hubiera respondido tan sólo a motivos estéticos; los sugerentes volúmenes y siluetas de algunos de ellos, frecuentemente inventariados en los repertorios de arte mobiliario y parietal, nos induce a proponer que su profundo simbolismo fue una de las razones de su selección. La lectura que se ha realizado de estas formas a lo largo del texto es una sugerencia con el fin de aproximarnos a su simbolismo. No obstante en los casos de los colgantes 1 y 2 creemos que sus formas son lo suficientemente elocuentes como para considerarlos acordes con la interpretación propuesta. La ausencia de detalles realistas en el primero de ellos podría enlazar con la tendencia existente en el arte parietal y mobiliario de despojar a las figuras de todos los elementos accesorios, excepto lo mínimamente indispensable para la determinación del sujeto representado (Leroi-Gourhan, A.: 1984, 180).

El simbolismo de estos dos últimos elementos repetidos con técnicas distintas en diferentes soportes a lo largo de la Prehistoria, se asociarían en el primer caso («venus») a una representación femenina mientras que el segundo («canino atrofiado») lo estaría con la virilidad. El descubrimiento de ambas piezas separadas entre sí por tan solo 20 centímetros nos lleva a plantearnos si no nos encontramos ante un caso asimilable a las parejas de signos de carácter sexual (femenino-masculino) del arte Paleolítico, reflejado en Praile Aitz I en los elementos de adorno personal.

Queremos subrayar que sobre este suelo de ocupación se recuperaron también un par de trozos de ocre con evidentes huellas de abrasión por haber sido utilizados en la obtención de colorante. La conservación puntual de restos de este pigmento sobre uno de los dientes perforados nos lleva a sugerir la posibilidad de que algunos de estos colgantes estuvieran coloreados.

Uno de los interrogantes que plantea este lote de colgantes es el de las razones de su abandono, aún cuando la mayor parte de ellos se encuentran en perfecto estado de conservación. Los dos ejem-

plares incompletos no parece que puedan considerarse sin más como fracturados intencionalmente, contrariamente a lo que se ha sugerido con respecto a algunas de las piezas halladas en la cueva de Isturitz, Mas d'Azil, Abri Mège, La Vache, etc. y con grandes reservas tal vez el hueso grabado de Torre (Barandiarán, I.: 1971, 64). Sin embargo, no es fácil comprender la concentración de colgantes en esta ocupación y las razones de su abandono, aunque quizás éstas coincidieran con las que se dieron en algunos yacimientos donde las concentraciones de obras de arte mobiliario, en ocasiones llegando a formar un enlosado o pavimento, son importantes (González Sainz, C.: 1984).

En definitiva, a la espera de finalizar los trabajos de campo y del estudio definitivo del yacimiento, los restos aquí presentados, correspondientes a una breve ocupación del Magdaleniense Inferior Cantábrico, constituyen un interesante conjunto de piezas que nos aproximan a la sociedad magdaleniense y a su mundo de creencias.

NOTA. Una vez entregado este artículo, los trabajos de excavación han permitido recuperar otros dos colgantes líticos de similares características.

X. PEÑALVER IRIBARREN
Sociedad de Ciencias Aranzadi
Donostia

J. A. MUJICA ALUSTIZA
Grupo de Investigación 9/UPV00155.130-14570/2002
Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología
Universidad del País Vasco
c/ Tomás y Valiente s/n
01006 Vitoria

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMOVA, A., 1990, «Bases objectives de la chronologie de l'art mobilier paléolithique en Sibérie», in: *L'art des objets au Paléolithique (1987)*, 143-154, Foix-Le Mas d'Azil.
- ALBRECHT, G.; BOSINSKI, G.; FEUSTEL, R.; HAHN, J.; KLÍMA, B.; MÜLLER-BECK, H., 1989, *Los comienzos del Arte en Europa Central*, Madrid: Museo Arqueológico Nacional.
- ALDAY, A., 1995, «Los elementos de adorno personal de la cueva del Moro de Olvena y sus derivaciones cronológico-culturales», *Boskan* 12, 193-214, Huesca.
- ALLARD, M., 1989, «Collection R. et S. de Saint-Périer à Lespugue (Haute-Garonne)», *Préhistoire Ariégeoise* 44, 203-224.
- ARMENDÁRIZ, A., 1992, «Anton Koba (Oñati)», *Arkeoikuska 1992*, 190-193, Vitoria-Gasteiz.
- BARANDIARÁN, I., 1967, *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental* [Monografías arqueológicas III], Zaragoza.
- , 1971, «Hueso con grabados paleolíticos, en Torre (Oyarzun, Guipúzcoa)», *Munibe* 23, 37-69, San Sebastián.
- , 1972, «Algunas convenciones de representación en las figuras animales del arte paleolítico», *Santander Symposium, Actas del Symp. Intern. de Arte Prehistórico*, 345-381, Santander.
- , 1973, *Arte mueble del Paleolítico Cantábrico*, [Monografías arqueológicas XIV], Zaragoza.
- , 1980, «Industria ósea», in: *El yacimiento de la cueva de «El Pendo» (excavaciones 1953-57)* (J. González Echegaray et alii), 151-191, Madrid: CSIC.
- , 1985, «Industria ósea paleolítica de la cueva del Juyo, excavaciones de 1978 y 1979», in: *Excavaciones en la cueva del Juyo* (Dir.: I. Barandiarán, L.G. Freeman, J. González Echegaray y R.G. Klein), 161-195, Madrid: Centro de Inv. y Museo de Altamira.
- , 1994, «Arte mueble del Paleolítico Cantábrico: una visión de síntesis en 1994», *Complutum* 5, 45-79, Madrid.
- BARANDIARÁN, I.; CAVA, A., 1989, «El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra). Evolución ambiental y cultural a fines del Tardiglaciar y en la primera mitad del Holoceno», *Trabajos de Arqueología Navarra* 8, Pamplona.
- BARGE, H., 1982, *Les parures du Néolithique ancien au debut de l'Age des Métaux en Languedoc*, Paris: CNRS.
- BEAUNE, S. A. DE, 1997, *Les galets utilisés au Paléolithique Supérieur*, [XXXII suppl. Gallia Préhistoire], Paris: CNRS.

- CARBALLO, J.; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., 1952, «Algunos objetos inéditos de la Cueva de “El Pendo”», *Ampurias* 14, 37-48, Barcelona.
- CHOLLOT, M., 1964, *Musée des Antiquités Nationales*, [Collection Piette], Paris: Ed. des Musées Nationaux.
- CHOLLOT-VARAGNAC, M., 1980, *Les origines du graphisme symbolique*, Paris: Ed. Fondation Singer-Polignac.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, S., 1981, *Cueva de Las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo)*, [Excavaciones Arqueológicas en España 115], Madrid: Ministerio de Cultura.
- , 1986, *El arte mueble paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno*, [Monografía 16], Madrid: Centro de Inv. y Museo de Altamira, Ministerio de Cultura.
- , 1990, «Iconografía de las representaciones antropomorfas paleolíticas: a propósito de la «venus» magdaleniense de Las Caldas (Asturias)», *Zephyrus* 43, 17-37, Salamanca.
- , 1990, «La Cueva de Las Caldas (Priorido, Oviedo). Investigaciones científicas efectuadas entre 1980 y 1986», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 1983-86, 37-53.
- COURAUD, CL., 1985, *L'art azilien. Origine-survivance*, [Gallia Préhistoire XX suppl.], Paris.
- DELLUC, Br.; G., 1990, «Le décor des objets utilitaires du Paléolithique supérieur», in: *L'art des objets au Paléolithique 3 (1987)*, 39-73, Foix-Le Mas d'Azil.
- DELPORTE, H., 1982, *La imagen de la mujer en el arte prehistórico*, Madrid: Ed. Istmo.
- D'ERRICO, F., 1988, «Lecture technologique de l'art mobilier grave nouvelles méthodes et premiers résultats sur les galets graves de Rochedan», *L'Anthropologie* 92:1, 101-122, Paris.
- DUHARD J.P., 1993, *Réalisme de l'image féminine paléolithique*, Paris: CNRS.
- ESPARZA SAN JUAN, X.; MUJICA ALUSTIZA, J.A., 1999, «Reflexiones en torno a la estratigrafía de Ermitia (Deva, Guipúzcoa)», *Congreso Nacional de Arqueología XXIV* (Cartagena, 1997), 61-69, Cartagena.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; BARANDIARÁN, I., 1981, *El Paleolítico Superior de la cueva del Rascaño (Santander)*, [Monografía n.º 3], Santander: Centro de Inv. y Museo de Altamira.
- GONZÁLEZ MORALES, M.R., 1990, «El abrigo de Entrefoces (1980-1986)», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 1983-86, 29-36, Oviedo.
- GONZÁLEZ SAINZ, C., 1984, «Sobre la plaqueta grabada magdaleniense de la cueva de Urriaga (Guipúzcoa)», *Munibe* 36, 11-17, San Sebastián.
- GORROTXATEGI ANIETO, X., 2000, *Arte paleolítico parietal en Bizkaia*, [Kobie, anejo 2], Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- HAHN, J., 1990, «Fonction et signification des statuettes du Paléolithique Supérieur européen», in: *L'art des objets au Paléolithique 3 (1987)*, 173-183, Foix-Le Mas d'Azil.
- KÜHN, H., 1970, *El arte de la época glacial*, México: Fondo de Cultura Económica.
- LEROI-GOURHAN, A., 1971, *Préhistoire de l'art Occidental*, Paris: Ed. d'Art Lucien Mazenod.
- , 1984, *Arte y grafismo en la Europa prehistórica*, Madrid: Ed. Istmo.
- , 1984, *Símbolos, artes y creencias de la Prehistoria*, Madrid: Ed. Istmo.
- LUQUET, G.H., 1926, *L'art et la religion des hommes fossiles*, Paris: Ed. Masson.
- MOURE, A., 1975, «Excavaciones arqueológicas en la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias). Campaña de 1972 y 1974», *Instituto de Estudios Asturianos*, 107 pág., Oviedo.
- , 1984, «Representaciones femeninas en el arte mueble de la cueva de Tito Bustillo», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 2, 69-76, Madrid.
- , 1995, «Les représentations humaines dans l'art paléolithique de l'Espagne Cantabrique», *Actes du Colloque de Brassempouy (1994)*, [E.R.A.U.L. 74], 149-167, Liège.
- MUGICA, J.A., 1983, «La industria de hueso en la Prehistoria de Guipúzcoa», *Munibe* 35, 451-631.
- MUJICA, J.A., 1991, *La industria ósea del Paleolítico Superior y Epipaleolítico del Pirineo occidental*, Bilbao: Universidad de Deusto.
- OTTE, M., 1981, *Le Gravettien en Europe Centrale*, [Dissertationes Archaeologicae Gandenses XX], Brugge.
- PALES, L., 1972, «Les ci-devant venus stéatopyges aurignaciennes», *Santander Symposium, Actas del Symposium Internacional de Arte Prehistórico*, 217-261, Santander.
- PALES, L.; TASSIN DE SAINT-PÉREUSE, M., 1967, *Les gravures de La Marche II-Les Humains*, Paris: Ophrys.
- RIPOLL, E., 1958, «Las representaciones antropomórficas en el arte paleolítico español», *Ampurias* 19-20, 167-192, Barcelona.
- RODIÈRE, J., 1996, «Façonnage de perles lithiques magdaléniennes», *Techne* 3, 54-63.
- SACCHI, D., 1990, «Bases objectives de la chronologie de l'art mobilier paléolithique dans les Pyrénées septentrionales», in: *L'art des objets au Paléolithique (1987)*, 13-31, Foix-Le Mas d'Azil.

- SÁENZ DE BURUAGA, A., 1989, «Colgantes y otras manifestaciones artísticas en los niveles del Paleolítico Superior Inicial de la Cueva de Gatzarria (Zuberoa, País Vasco)», *Veleia* 6, 21-48, Vitoria-Gasteiz.
- , 1991, *El Paleolítico Superior de la cueva de Gatzarria (Zuberoa, País Vasco)*. [Anejos de Veleia, series maior 6], Vitoria-Gasteiz: Univ. del País Vasco.
- SAINT-PÉRIER, L.G., 1930, *La grotte d'Isturitz. I: Le Magdalénien de la Salle Saint-Martin*, [Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine 7], Paris.
- , 1936, *La grotte d'Isturitz. II: Le Magdalénien de la Grande Salle*, [Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine 17], Paris.
- , 1952, *La grotte d'Isturitz. III: Les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens*, [Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine 25], Paris.
- SAUVET, G., 1990, «Les signes dans l'art mobilier», in: *L'art des objets au Paléolithique 2 (1987)*, 83-101, Foix-Le Mas d'Azil.
- TABORIN, Y., 1990, «Le décor des objets de parure», in: *L'art des objets au Paléolithique 2 (1987)*, 19-39, Foix-Le Mas d'Azil.
- THÉVENIN, A., 1989, «L'art azilien: essai de synthèse», *L'Anthropologie* 93, 585-604, Paris.
- UTRILLA, P., 1990, «Bases objectives de la chronologie de l'art mobilier paléolithique sur la Côte Cantabrique», in: *L'art des objets au Paléolithique (1987)*, 89-98, Foix-Le Mas d'Azil.
- VANHAEREN, M.; D'ERRICO, FR., 2001, «La parure de l'enfant de la Madeleine (fouilles Peyrony). Un nouveau regard sur l'enfance au Paléolithique Supérieur», *Paleo* 13, 201-240.
- WHITE, R., 1996, «Actes de substance: de la matière au sens dans la représentation paléolithique», *Techne* 3, 29-39.
- ZAPATA, L., 1995, «La excavación del depósito sepulcral calcolítico de la cueva Pico Ramos (Muskiz, Bizkaia). La industria ósea y los elementos de adorno», *Munibe* 47, 35-90.
- ZERVOS, CH., 1959, *L'Art de l'époque du renne en France*, Paris: Editions «Cahiers d'Art».